

XXX DOMINGO ORDINARIO C/2007

Todos hemos experimentado el sentimiento de autosatisfacción después de haber hecho una buena obra. Este sentimiento de autosatisfacción nos hace conscientes de nuestras capacidades y eleva nuestra autoestima. Esto en nuestra vida de religión, nos puede hacer pensar que merecemos una recompensa de Dios por las buenas obras que hicimos o por el deber cumplido, y hasta aquellos que no han hecho nada bueno piensan que no tienen nada que reclamar ante Dios.

Esta es la actitud que las lecturas de hoy denuncian mostrándonos la actitud que debemos tomar ante Dios y ante los hombres. En la primera lectura, del libro del Eclesiástico nos recuerda que Dios es un juez imparcial, que no sabe de discriminación ni de favoritismos. Él escucha a la súplica del oprimido y no ignora la súplica del huérfano, ni el grito de la viuda. Porque El está abierto a todos sin excepción, Dios es movido por las oraciones del pobre y el humilde. Por la oración del que viene con humildad y sinceridad de corazón, y sin jactarse sobre sus buenas obras le es más grato este, que aquel que se cree muy bueno o autosuficiente.

Para ilustrar tal verdad, el Evangelio nos da el ejemplo de la parábola del Fariseo y el publicano. En primer lugar, nos damos cuenta que el Evangelio no dice que el Fariseo era un tipo malo o infiel a sus compromisos religiosos. En cuanto al respeto de la Ley, él era un modelo ejemplar. Él era honesto en su vida; él observaba el ayuno con regularidad y daba su diezmo sin mirar sus problemas. Del mismo modo, el Evangelio no dice que el publicano era un hombre santo o un señor piadoso.

¿Pero, cómo es esto que la oración del fariseo no es aceptada mientras que la del segundo es justificada? Aquí está el punto de la parábola. No cabe duda de que en los ojos de sus contemporáneos, el Fariseo era un hombre honrado y el publicano era deshonesto. El problema, sin embargo, es que a pesar de su integridad moral, el Fariseo tomó una actitud arrogante ante Dios. ¿Qué significa esto?

De hecho, el Fariseo fue al templo con la lista de todas sus buenas acciones con la convicción que éstas lo justificarían. Es como si él quisiera decirle a Dios mira todo lo que he hecho y merezco un premio. ¿Pero en realidad, qué podemos presentar a Dios como buenas acciones a fin de ganar un premio? Todas nuestras buenas acciones no pueden reclamar nuestra salvación, porque la salvación es un regalo gratuito de Dios traído a nosotros por la encarnación, la muerte y la resurrección de Jesucristo.

Por esta razón, nadie de nosotros quien realiza cualquier buena acción puede merecer nada a los ojos de Dios, El sólo puede estar agradecido con Dios porque El le ha ayudado a permanecer fiel en el buen camino. Cuanto mas conscientes estamos de la gracia de saber que le pertenecemos a Dios, mas humildes, modestos y agradecidos estaremos con El, por lo que El hace por nosotros a pesar de nuestra indignidad y pecaminosidad.

Esta es la razón por la que el publicano fue justificado, no debido a sus obras, por la confesión de sus pecados ante Dios. Él sabía la verdad sobre él y en nombre de

aquella verdad él podría arrodillarse y golpearse su pecho, y pedir perdón. No tenía nada para reclamar, él vino ante Dios con manos vacías. Él estaba consciente que sólo podía ofrecer sus pecados y su resentimiento. Y su oración fue aceptada.

Todo esto nos ayuda a entender como tenemos que presentarnos a Dios en nuestras oraciones, no con vana gloria, pero con humildad y rindiéndonos a la piedad de Dios. Esta es la oración del humilde que perfora las nubes. Nadie quien es orgulloso puede orar correctamente. La puerta de cielo es tan baja que a fin de entrar en ello tenemos que arrodillarnos. Nadie que desprecia a otros realmente puede orar en el espíritu de Jesús. La razón es que si somos sinceros con nosotros mismos, podemos darnos cuenta que todos somos pecadores, y por eso todos necesitamos la misericordia de Dios. La verdadera oración consiste imponer nuestra vida cerca la vida de Dios. Cuando hacemos esto, es cuando nos damos cuenta de lo pecadores que somos. Convencido por tal verdad, podemos golpear nuestro pecho y pedir perdón a Dios.

Otra cosa que aprendemos del Evangelio es la imagen de Dios que el Fariseo tenía de Dios. Alabando sus obras buenas en su oración, el Fariseo consideraba a Dios como un contador o un dador de premios. Tal forma de basar religión en méritos trae como resultado primeramente la separación de las personas haciendo distinción entre el bueno y el malo. Por eso, el Fariseo dijo en su oración que no era como el publicano y, así mismo se separó de él. ¿Si Dios mantiene juntos los buenos y los malos, por qué construiremos una pared entre nosotros? ¿Por qué despreciaremos aquellos que no se parecen a nosotros?

Cuando la parábola termina con las palabras, “Quien se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”, esto quiere decir que solamente cuando nosotros venimos a la presencia de Dios como deudores, entonces el puede llenarnos de sus gracias. Cuando lo olvidamos, nosotros nos portamos como el Fariseo engreído quien estaba orgulloso de sus obras y despreciaba a los demás.

Encontramos en la vida de San Pablo un buen ejemplo de oración sincera y de una actitud verdadera ante Dios como lo escuchamos en la segunda lectura. Con sinceridad y humildad, Pablo recosa lo es capaz de hacer por Jesús a pesar de la persecución y tribulación. Él compitió bien y mantuvo su fe intacta. ¿Que más podía esperar ahora que él estaba al final de su vida que una corona prometida al humilde y al fiele? Esta corona no solamente para él sino para todos aquellos quienes esperan la venida de Nuestro Señor Jesucristo, el justo juez del mundo. Compitemos, entonces, mis amigos, con confianza en Dios hasta el último minuto de nuestra vida., manteniendo nuestra fe viva. Que Dios nos bendiga y nos enseñe a cada uno de nosotros como acercarnos a Dios en nuestras oraciones con humildad y sinceridad de corazón. ¡Que Dios los bendiga a todos!



Fecha de Sermón: Octubre 28, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20071028homilia.pdf